

Yo haré que muerte parezca.
Cristianos, Fernando es muerto
Moros, un esclavo os queda;
Cautivos, un compañero
Hoy se añade á vuestras penas;
Cielos, un hombre restaura
Vuestras divinas iglesias.....

Porque rey, hermano, Moros,
Cristianos, sol.

. todos sepan
Que hoy un *príncipe constante*,
Entre desdichas y penas,
La fe católica ensalza,
La ley de Dios reverencia.

Irritado el rey de Fez con tales palabras, decide tratar á Fernando como esclavo.

. Luego, al punto
Aqueso cautivo sea
Igual á todos : al cuello
Y á los piés le echad cadenas;
Á mis caballos acuda,
Y en baño y jardín, y sea
Abatido como todos;
No vista ropas de seda,
Sino sarga humilde y pobre,
Coma negro pan, y beba
Agua salobre; en mazmorras
Húmedas y oscuras duerma;
Y á criados y vasallos
Se extienda aquesta sentencia.

En efecto, se ve á Fernando que trabaja en medio de los otros esclavos; y uno de estos, sin conocerle, canta un romance compuesto en alabanza suya; otro le exhorta á tener buen ánimo, pues el príncipe Fernando les ha ofrecido proporcionarles la libertad. D. Juan de Contiño, uno de los héroes mas valientes y afectos á Fernando, resuelve no abandonarle nunca y darle á conocer á los demas presos, que entónces se apresuran á rendirle culto.

El jeque Muley, que habia experimentado la generosidad de Fernando, quiere entónces desquitarse, y le advierte que en las troneras de las mazmorras hallará los instrumentos necesarios para romper sus grillos, encargándose él por la parte de afuera de verificar lo mismo con los candados, y disponer un barco que le lleve á su patria. El rey los sorprende miéntras están hablando; pero en vez de mostrar la mas leve sospecha, fia á Muley la custodia de Fernando, como á la única persona que cree inaccesible á la corrupcion, ya proceda esta de temor, de amistad ó de interes.

Muley se encuentra, pues, fluctuando entre el deber y la gratitud. Consulta á Fernando, el cual decide la cuestion en su daño, declarando que no se aprovechará de sus ofrecimientos, ni aceptará los de ninguno encaminados á dejarle libre. Muley se resigna con disgusto á la que

creo ley de deber y honor, y no pudiendo devolver la libertad al príncipe, trata de impenetrarla del rey moro. Refiere á este las miserias que rodean al príncipe, « enfermo, pobre y tullido. »

Solo un criado y un fiel
Caballero, en pena extraña
Le consuela y le acompaña.
Estos dos parten con él
Su porcion.....

El rey escucha; pero como cree esas miserias justo castigo de la obstinacion; le contesta simplemente : « Bien está, Muley; » y cuando Fénix viene tambien á implorarle en favor de Fernando, él le impone silencio.

Llegan entónces dos embajadores de Marruecos y de Portugal, que son los dos príncipes Tarudante y Alonso V, los cuales quieren tratar en persona sus intereses. Recibidos juntos en audiencia, Alfonso ofrece el doble valor de Ceuta en metálico como rescate de su hermano, amenazando si no llevar á sangre y fuego toda el África. El rey de Fez no accede, y Tarudante, considerando provocacion personal las amenazas de Alfonso, responde que tiene pronto el ejército para recuperarla. La hija del rey es concedida en matrimonio á Tarudante, y Muley recibe la orden de acompañarla, viéndose así obligado á ver á su amada en brazos de otro, y á separarse de su amigo.

Cambia la escena; Don Juan y otros cautivos sacan á Fernando y le sientan en una estera, oprimido de padecimientos que son excesivos para el teatro y recuerdan los de Filoctetes; solo que la santa resignacion del moribundo los mitiga, pues ve en ellos otras tantas prendas de beatitud futura. Viendo él al rey de Fez y á Tarudante atravesar la escena, les pide limosna :

Dadle de limosna hoy
Á este pobre algun sustento,
Mirad que hombre humano soy,
Y que afligido y hambriento
Muriendo de hambre estoy.
Hombres, doléos de mí,
Que una fiera de otra fiera
Se compadece.

Y seguidamente prorumpo en un largo trozo de poesía riquísima en colores é imágenes, para inspirar misericordia mas bien con sentimientos que con razones. Pero el Berberisco responde :

Ten tú lástima de ti,
Fernando, y tendréla yo.

Don Juan lleva un pan á Fernando, el cual le anuncia cuán poco tiempo le queda que vivir y necesitar por consiguiente de sus afectuosos ciudadanos. Solo, próximo á la muerte, impetra que le vistan el manto de la orden militar de

Avis, y que señalen bien el sitio donde le den sepultura :

. que espero,
Que aunque hoy cautivo muero,
Rescatado he de gozar
El sufragio del altar;
Que pues yo os he dado á vos
Tantas iglesias, mi Dios,
Alguna me habéis de dar.

El sacrificio está completo; pero la tragedia cristiana no debe acabar con la muerte, y si mostrar la gloriosa trasformacion. Hémos trasladados á la costa de África, donde desembarcan Don Alfonso y Don Enrique con las tropas portuguesas. Oyendo que se acerca el ejército de Tarudante, el cual conduce á Fénix á Marruecos, Don Alfonso se prepara al combate. La sombra de Fernando se aparece con manto capitulador y una hacha encendida, prometiendo la victoria.

Estamos en Fez, sobre cuyas murallas se ve al rey rodeado de sus guardias, ante el cual Don Juan Contiño hace traer el féretro de Don Fernando. Se oscurece el cielo; se oye música militar que viene acercándose, y la sombra de Don Fernando con una hacha en la mano conduce al ejército portugues hasta el pié de los muros. Don Alfonso llama al rey, anunciándole que ha hecho prisionero á Fénix y á Tarudante, y ofrece canjearlos por el príncipe cautivo. El rey está muy alligido al ver á las personas que ama en poder de aquellos contra quienes abusó tan cruelmente de la victoria, y contesta que no posee ya el precio del rescate, pues que ha muerto Fernando. De consiguiente, Alfonso solo piensa en recobrar los despojos mortales del príncipe, preciosa reliquia para Portugal; los pide, pues, en cambio de Fénix; pero, pretendiendo que esta sea dada en casamiento á Muley, como premio de la amistad que el jeque mostró á Don Fernando; y el ejército vencedor se lleva el cadáver del *Príncipe constante*.

En el *Mayor Monstruo*, Calderon pinta los celos de Heródes con colores muy diversos de los empleados por los demas dramáticos que han tratado esta pasion. Pues Mariene no es criminal, ni siquiera tiene las apariencias de tal como Zaira y Desdemona; es un ángel, y Heródes la adora, y no duda del amor que ella le profesa; pero teme perderla, y por lo mismo la sacrifica, y ademas quiere que ignore de dónde le viene el golpe, como el que espera que el amor debe sobrevivir á la muerte.

El argumento es defectuosísimo; y sin embargo, el carácter de la antedicha pasion basta para colocar este drama entre los mas insignes.

Un astrólogo (estas predicciones son muy comunes en Calderon) habia predicho á Mariene, que Heródes traspasaría con su puñal á la persona que mas amaba, y que ella sería víctima del *mayor monstruo*. Impuesto Heródes del pronóstico en la primera escena, arroja al mar

el puñal, que vuelve sin embargo á sus manos por extraños accidentes. Entretanto Augusto triunfa, y Heródes, prisionero en Méntis, llega á persuadirse que él es el monstruo que amenaza, segun la prediccion del astrólogo, á Mariene, hácia la cual Augusto concibe, con solo ver su retrato, una pasion que no oculta. Por tanto Heródes, condenado á muerte, dispone que muera tambien su esposa; pero la carta en que iba la orden cae en poder de Mariene, con lo que su amor á Heródes se convierte en odio, y jura vengarse.

Llega Augusto á Jerusalem; reconoce en Mariene á la mujer cuyo retrato le enamoró, y no obstante, la restituye á su esposo, á quien por consideracion á ella perdona. Heródes siempre celoso, aunque sin el menor recelo de la fidelidad de Mariene, oye á esta echarle en rostro la orden que habia dado de matarla; y luego, creyendo que Augusto atenta al honor de su mujer, le ataca, y en medio de la oscuridad, en vez de herirle á él, hiere de muerte á Mariene con el puñal predestinado.

Los monólogos son demasiado necesarios en el drama romántico para revelar las gradaciones de la pasion, y en Calderon ocurren con frecuencia. En este drama se cita con elogio el de Mariene al fin de la segunda jornada :

¡ Oh infeliz una y mil veces
La que se ve aborrecida
De la cosa que mas quiere!
¿ En qué, amado esposo mio,
En qué mi vida te ofende,
Que te pesa de que viva
La que de adorarte muere?
Cuando yo tu libertad
Trato, y á imperios de nieve
Doy, Semíramis de ondas,
Babilonias de bajeles;
Cuando en mi imaginacion,
Despues que vives ausente,
Adorando estoy tu sombra,
Y á mis ojos aparente,
Por burlar mi fantasía,
Abracé el aire mil veces;
¿ Tú en una oscura prison,
Funesto, misero albergue,
En vez de abrazar mi imagen
Estás trazando mi muerte?
Ó te quiero ó no. Si no
Te quiero, ¿ no es mas decente
Á un noble que de mujer
Que le olvida no se acuerde?
Y si te quiero, ¿ por qué,
Despues de muerto, pretendes
Que muera? ¿ No, sabré yo
Sin mandarlo, obedecerte?
Luego, olvidando ¡ ay de mí!
Ó queriendo, de una suerte
Ofendes tu vanidad,
Ó mi gratitud ofendes.
Si del mundo el mayor monstruo
Me está amenazando en ese

Encuadrado volumen,
Mentira azul de las gentes,
Y tú me matas, ¿será
Bien decirse de ti que eres
El mayor monstruo del mundo?
Mas, ¡ay! que en llegando á esto
Término, no sé qué nuevo
Espíritu me enfurece;
Y pues me tocan al alma
Afectos tan diferentes
De los míos, ¡plegue al Cielo,
Fementido esposo aleve,
Que el socorro que te envió
Nunca á tomar puerto llegue!
Entre las Sirtes y Seilas
De Egipto á pique le echen
Los zozobrados embates,
Los contrastados vaivenes
De las ráfagas de Eolo,
Ó los sepulcros de Tétis.
No solo en tu libertad
Milite, pero de suerte
Irrite á Octaviano, que
Apresurando tu... ¡Tente,
Lengua! no su muerte digas,
Basta que él diga mi muerte!
Que una cosa es ser quien soy,
Y otra ofenderme él. ¡Oh! plegue
Al Cielo que victoriosa
Tan en su favor navegue
La armada de tu socorro,
Que sobre el puerto de Méfis
En tan grande estrecho ponga
La confusion de sus gentes,
Que temerosa de que
Las mias sus muros entren
Á sangre y fuego, á partido
Reducidas, me le entreguen
Vivo, para que á mis brazos...
Pero ¿qué digo? Suspende,
Lengua, otra vez el acento,
Si no es que decir intentes :
« Á mis brazos, para que
Vengativa é impaciente
En ellos le haga pedazos. »
— ¡Ay de mí! ¡qué fácilmente
De un extremo á otro se pasan
En afectos de mujeres
Las lástimas á ser iras,
Y los favores desdenes!
De mujeres dije; pero
Dije mal, que excluirse deben
Las mujeres como yo
De lo comun de las leyes,
Y pues piadosas en una
Parte, y en otra crueles
Mis ansias lidian, en tanto
Tropel como me acomete
De divididos afectos,
De encontrados pareceres
Y opuestas obligaciones;
¡Déme el Cielo industria, déme
Medio el hado, para que
Tanto unas como otras temple,

Que como esposa ofendida,
Y como reina prudente,
Cumpla con el mundo, y cumpla
Conmigo, cuando á ver lleguen
Cielo, sol, luna y estrellas,
Astros y signos celestes,
Montes, mares, troncos, plantas,
Hombres, fieras, aves, peces,
Que como reina perdone,
Y como mujer me vengue (1)!

Amar despues de la muerte titularon los actores la comedia que Calderon habia denominado *El Tuzani de las Alpujarras*, donde trazó el cuadro de la terrible sublevacion de los Moros en las Alpujarras en 1569. (V. NARRACION, tomo IV, pág. 351.) Se abre la escena en casa del cadí de Granada, donde los Moros están celebrando en secreto su viérnes, y cantan echando ménos la gloria del África, perdida por justa sentencia de Allah, y recordando el dia en que subyugaron á España.

De repente se oye llamar á la puerta, y entra Don Juan Malec, descendiente de los reyes de Granada, y XXIV soberano de aquella dinastía, si durase aun el reino; pero se habia hecho cristiano, obedeciendo á Felipe II, y habia obtenido en recompensa un puesto en el cabildo de la ciudad. Allí habia subido, pues, y venia á anunciarlo á sus hermanos, que se habian impuesto nuevas vejaciones á la raza de los Moros :

... Ninguno
De la nacion africana,
Que hoy es caduca ceniza
De aquella invencible llama
En que ardió España, pudiese
Tener fiestas, hacer zambras,
Vestir sedas, verse en baños,
Ni oírse en alguna casa
Hablar en su algarabía,
Sino en lengua castellana. »

Don Juan Malec se habia opuesto á tales consejos precipitados; por lo cual Don Juan de Mendoza le habia echado en cara que era de sangre mora :

¡Mal haya ocasion, mal haya,
Sin espadas y con lenguas,
Que son las peores armas,
Pues una herida mejor
Se cura que una palabra!
Algun acaso le dije
Que obligase su arrogancia
Á que (aquí tiemblo al decirlo)
Tomándome (¡pena extraña!)
El báculo de las manos,
Con él... Pero hasta esto basta;

(1) Entre las comedias de intriga de Calderon se alaban principalmente estas: *Casa con dos puertas mala es de guardar*. — *Dicha y desdicha del nombre*. — *Peor está que estaba*. — *Mejor está que estaba*. — *La Dama duende*. — *Lances de amor y fortuna*. — *Luis Pérez de Galicia*.

Que hay cosas que cuesta mas
El decir las que el pensarlas.
Este agravio que en defensa,
Esta ofensa que en demanda
Vuestra á mí me ha sucedido,
Á todos juntos alcanza,
Pues no tengo un hijo yo
Que desagrarie mis canas,
Sino una hija, consuelo
Que aflige mas que descansa.
Ea, valientes Moriscos,
Noble reliquia africana,
Los Cristianos solamente
Haceros esclavos tratan;
La Alpujarra (aquea sierra
Que al sol la cerviz levanta,
Y que poblada de villas
Es mar de peñas y platas,
Adonde sus poblaciones
Ondas navegan de planta,
Por quien nombres las pusieron
De Galera, Berja y Gavia)
Toda es nuestra : retiremos
Á ella bastimentos y armas.
Elegid una cabeza
De la antigua estirpe clara
De vuestros Abenhumeyas,
Pues hay en Castilla tantas,
Y hacéos señores de esclavos;
Que yo, á costa de mis ansias,
Iré persuadiendo á todos
Que es bajeza, que es infamia,
Que á todos toque mi agravio,
Y no á todos mi venganza.

Parte, y los Moros juran vengarse. El espectador es trasladado á casa de Malec, donde Doña Clara, su hija, se desespera porque la afrenta hecha á su padre la ha quitado honor, padre y amante, pues no espera que su amado Alvaro Tuzani la quiera aun por su mujer. Entra entonces Tuzani, y le pide su mano para poder vengarla como hijo del ofendido; porque la afrenta no puede ser lavada sino procediendo la venganza del mismo ofendido, de su hijo ó de un hermano.

Clara resiste, no queriendo llevar de dote el deshonor; pero, durante esta disputa de generosidad, Zúñiga y Valor, este último descendiente tambien de los reyes moros, entran para intimar á Juan de Malec el arresto en su casa, como hicieron asimismo con Mendoza, hasta que se arregle el incidente que habia mediado entre ambos; y Valor propone al efecto que se dé á Clara en matrimonio á Mendoza.

Tuzani, para impedir que esto se verifique, corre á casa de Mendoza, le desafía y riñen en su propio cuarto, confiando matarle ántes que lleguen á hacerle aquellas proposiciones. Pero, durante el duelo, entran Valor y Zúñiga, separan á los combatientes y hacen la propuesta; Mendoza la rechaza con altivez, no queriendo que la sangre de los suyos se mezcle con sangre africana.

VÁLOR.
Don Juan de Malec es hombre...
MENDOZA.
Como vos.
VÁLOR.
Sí, pues descende
De los reyes de Granada;
Que todos sus ascendientes
Y los míos reyes fueron.
MENDOZA.
Pues los míos, sin ser reyes,
Fueron mas que reyes moros,
Porque fueron montañeses.

Zúñiga muestra igual desprecio hácia los Moros; Tuzani se manifiesta ofendido al par que Valor y Malec :

VÁLOR.
¡Esto consiente mi honor!
D. ALVARO.
¡Esto mi valor consiente!
VÁLOR.
¿Porque me volví cristiano,
Este baldon me sucede?
D. ALVARO.
¿Porque su ley recibí,
Ya no hay quién de mí se acuerde?
VÁLOR.
Yo haré que veáis muy presto...
D. ALVARO.
Llorar á España mil veces...
VÁLOR.
El valor...
D. ALVARO.
El ardimiento
De este brazo altivo y fuerte...
VÁLOR.
¡De los Valores altivos!
D. ALVARO.
¡De los Tuzanis valientes!

Y se separan resueltos á acelerar la rebelion.

En la jornada II, ó sea acto, que sucede tres años despues, la rebelion está en su fuerza, y vencidos varios generales, es enviado Don Juan de Austria á apaciguarla. Mendoza, señalándole las Alpujarras, le indica su fuerza, y cuánto valen los treinta mil guerreros guarecidos en ellas, y que creen, como en otro tiempo los Godos, recobrar la España. Refiere entonces el secreto guardado durante tres años por tantas personas; y despues, cómo los jefes habian renunciado á la fe y usos castellanos, dividiéndose en tres fortalezas; de las cuales una defendía Don Fernando Valor, aclamado rey con el nombre de Abenhumeya, y que tomó por esposa á Isabel Tuzani; y otra Don Alonso Tuzani, cuya prometida está en la tercera con su padre Don Juan Malec.

En seguida nos trasladamos á la sala de Valor, donde Malec y Tuzani van á pedir el con-

sentimiento para la boda de Clara. Tuzani da á esta en arras una sarta de perlas y otras joyas; pero la boda es interrumpida por el ruido de los tambores y la aproximacion del ejército cristiano. Como no conviene entregarse al amor sino despues de la victoria, Valor los envia á sus puestos :

Malec se vaya á Galera,
Vaya á Gavia Tuzani,
Que yo en Berja me estaré,
Y á quien Alá deparare
La suerte, que Alá le ampere,
Pues suya la causa fué.

En la despedida, Tuzani dice á Clara que vendrá todas las noches á verla á Galera, no obstante la distancia de dos leguas á que está de Gavia. En efecto, tienen luego una entrevista, que es interrumpida por la llegada del ejército cristiano que sitia á Galera; y aunque quisiera llevar consigo á Clara, no puede porque el criado ha dejado escapar la yegua: parte, pues, ofreciendo volver por su amada al dia siguiente.

Vuelve en el acto III; pero al acercase á las murallas, una horrible explosion suena, y queda abierta la brecha, pues los Españoles habian descubierto una caverna donde estaba la pólvora. Entran en la fortaleza; Tuzani se lanza en medio de la pelea para salvar á su Clara; pero los Castellanos, que no concedian cuartel á nadie, la habian dado ya muerte, no llegando Don Alvaro sino á tiempo de recibir su último suspiro.

Sediento de venganza, Tuzani se viste de castellano y baja al campamento. Es preso, y viendo la sarta de perlas que habia dado en arras á Clara en manos de un soldado, el cual le confiesa que la mató, quedando ella pura, le sepulta el puñal en el pecho. Acude gente; pero Tuzani, el rayo de las Alpujarras, se abre paso por entre los soldados; hasta que, como viniesen tambien los generales, uno de ellos, impuesto del caso, dice:

D. LOPE.
¿Tu dama habia muerto?

D. ALVARO.

Sí.

D. LOPE.
Bien hiciste. Señor manda

(á Don Juan de Austria)

Dejarle; que este delito
Mas es digno de alabanza
Que de castigo; que tú
Mataras á quien matara
Á tu dama, vive Dios,
Ó no fueras Don Juan de Austria.

Este duda si ha de perdonarle ó no; pero Tuzani se pone á viva fuerza en salvamento y

vuelve á sus montes, mientras que los Moros aceptan el perdon ofrecido por el rey Felipe II, y queda restablecida la paz.

En el *Médico de su honra*, Calderon nos muestra la extremada delicadeza que hizo tan famosos á los Españoles, y que consistia en creer que debian lavar con sangre su deshonor. Don Gutierre Alfonso Solis, amantísimo de su mujer Doña Mencía de Acuña, descubre en ella una secreta inclinacion hácia Don Enrique de Trastamara, hermano y luego sucesor de Pedro el Cruel. Háblale amado en la flor de su juventud; pero siendo

..... para dama mas
Lo que para esposa ménos....

huyó de él, buscando en los deberes de esposa y madre defensa contra la debilidad. Corrieron algunos años en paz. Mencía cree extinguida ya una pasion que solo estaba aletargada, y que despertó al encontrarse un dia con el príncipe. Lucha, empero, consigo misma:

La mano á Gutierre di,
Volvió Enrique, y en rigor
Tuve amor, y tengo honor,
Esto es cuanto sé de mí.

confesarse á sí misma el amor que siente, parecela que equivaldria á quitar á su inocencia aquel resto de firmeza que conserva con trabajo. Gutierre vió una vez al príncipe en su jardín; otra halló en casa la daga que este habia dejado olvidada; otra oyó á su mujer que creía hablar con Don Enrique, mostrarse aun inocente y virtuosa, confesando, sin embargo, que ántes de su matrimonio le profesaba un amor que no logró luego vencer nunca; por último, le quita una carta, en la que aparece que el cuerpo de su esposa está intacto, pero que tiene el corazon ardiendo (1).

Callado, para no empañar su honor y el de su mujer, amoroso pero vengativo sin remision, cuando le arrancó de la mano la carta y la dejó desmayada, púsole allí junto otra que decia: « El amor te adora, el honor te aborrece; y así el uno te mata y el otro te avisa. Dos horas tienes de vida: cristiana eres, salva el alma, que la vida es imposible. Mencía exclama:

¡Válgame Dios! ¡Jacinta! ¡hola! ¿Qué es esto?
¿Nadie responde? ¡Otro temor funesto!
¿No hay alguna criada?
Mas ¡ay de mí! la puerta está cerrada;
Nadie en casa me escucha.
Mucha es mi turbacion, mi pena mucha.
Desta ventana son los hierros rejas,
Y en vano á nadie le diré mis quejas,
Que caen á unos jardines, donde apenas
Habrá quien oiga repetidas penas.
¿Dónde iré desta suerte,
Tropezando en la sombra de mi muerte.

(1) SISMONDI, *Hist. de la littérature du Midi*.

Retírase á su gabinete, y á poco llega Gutierre, acompañado de un cirujano con una venda en los ojos, al que trae á la fuerza.

D. GUTIERRE.

..... Tiempo es ya
De que entres aquí; mas ántes
Escúchame: aqueste acero
Será de tu pecho esmalte,
Si resistes lo que yo
Tengo ahora de mandarte.
Asómate á ese aposento...
¿Qué ves en él?

CIRUJANO.

Una imágen
De la muerte, un bulto veo
Que sobre una cama yace:
Dos velas tiene á los lados,
Y un crucifijo delante.
Quién es, no puedo decir,
Que con unos tafetanes
El rostro tiene cubierto.

D. GUTIERRE.

Pues á ese vivo cadáver
Que ves, has de dar la muerte.

CIRUJANO.

Pues ¿qué quieres?

D. GUTIERRE.

Que la sangres
Y la dejes que rendida
Á su violencia, desmaye
La fuerza, y que en tanto horror
Tú atrevido la acompañes,
Hasta que por breve herida
Ella espire y se desangre.
No tienes que replicar,
Si buscas en mí piedades;
Sino obedecer, si quieres
Vivir.

El cirujano, despues de una inútil oposicion, entra en el cuarto, y obedece el mandato de Don Gutierre. En seguida es vuelto á conducir con la venda en los ojos; pero, al salir, apoya las manos ensangrentadas en las puertas para reconocer la casa.

Habiendo referido todo al rey, este va á casa de Don Gutierre, y oye de sus labios, que como se recetase una sangría á su mujer, las ligaduras se le aflojaron por la noche, y al entrar en el cuarto la encontró muerta. El rey solo contesta, ordenándole que dé mano de esposo á Doña Leonor, á quien habia amado un tiempo, y que abandonada por él, habia acudido en queja á los piés del trono.

D. GUTIERRE.

Señor, si de tanto fuego
Aun las cenizas se hallan
Calientes, dadme lugar
Para que llore mis ansias.
¿No queréis que escarmentado
Quede?

REY.

Esto ha de ser, y basta.

D. GUTIERRE.

Señor, ¿queréis que otra vez,
No libre de la borrasca,
Vuelva al mar? ¿Con qué disculpa?

REY.

Con que vuestro rey lo manda.

D. GUTIERRE.

Señor, escuchad aparte
Disculpas.

REY.

Son excusadas.

¿Cuáles son?

D. GUTIERRE.

¿Si vuelvo á verme

En desdichas tan extrañas,
Que de noche halle embozado
Á vuestro hermano en mi casa?

REY.

No dar crédito á sospechas.

D. GUTIERRE.

¿Y si detras de mi cama
Hallase, tal vez, señor,
De Don Enrique la daga?

REY.

Presumir que hay en el mundo

Mil sobornadas criadas,
Y apelar á la cordura.

D. GUTIERRE.

Á veces, señor, no basta.
¿Si veo rondar despues
De noche y de dia mi casa?

REY.

Quejarse á mí.

D. GUTIERRE.

¿Y si cuando

Llego á quejarme, me aguarda
Mayor desdicha escuchando?

REY.

¿Qué importa, si él desengaña,
Que fué siempre su hermosura
Una constante muralla
De los vientos defendida?

D. GUTIERRE.

Y si volviendo á mi casa,
Hallo algún papel que pide
Que el infante no se vaya?

REY.

Para todo habrá remedio.

D. GUTIERRE.

¿Posible es que á esto le haya?

REY.

Sí, Gutierre.

D. GUTIERRE.

¿Cuál, señor?

REY.

Uno vuestro.

D. GUTIERRE.

¿Qué es?

REY.

Sangrarla.

D. GUTIERRE.

¿Qué decis?

REY.

Que hagáis borrar
Las puertas de vuestra casa;
Que hay mano sangrienta en ellas.

D. GUTIERRE.

Los que de un oficio tratan,
Ponen, señor, á las puertas
Los escudos de sus armas;
Trato en honor, y así pongo
Mi mano en sangre bañada
Á la puerta; que el honor
Con sangre, señor, se lava.

REY.

Dádsela, pues, á Leonor;
Que yo sé que su alabanza
La merece.

D. GUTIERRE.

(Si la doy *dáde la mano*),
Mas mira que va bañada
En sangre, Leonor.

D^a LEONOR.

No importa;
Que no me admira ni espanta.

D. GUTIERRE.

Mira que médico he sido
De mi honra: no está olvidada
La ciencia.

D^a LEONOR.

Cura con ella
Mi vida, en estando mala.

D. GUTIERRE.

Pues con esa condición
Te la doy. Con esto acaba
El Médico de su honra,
Perdonad sus muchas faltas.

En el castigo del ultraje hecho al honor del marido se fundan otras dos comedias castellanas. En el *Pintor de su deshonra*, un marido á quien habia sido robada la mujer, se dedica á la pintura, y llega á ser un gran maestro; despues se introduce con el amante, gana su confianza, y obtiene el encargo de hacer el retrato de su mujer; entónces la mata.

En la titulada *Á secreto agravio secreta venganza*, el esposo ofendido finge ignorar su deshonra, y ofreciendo al seductor sus servicios para pasar el Tajo, cuando llega á la mitad del rio, le asesina, y luego sumerge el barquichuelo para que se le crea anegado. Á su vuelta, refiere á su mujer la muerte del amante, como cosa que supone debe serle indiferente, y cuando se ha gozado en el dolor reprimido de la desgraciada, la degüella y pega fuego á la casa, á fin de que parezca que ha perecido en el incendio.

Á estos y otros horrores semejantes se da el nombre de honor y son aprobados; y el rey Don Sebastian, no solo deja impune al asesino, sino que le apláude y premia. Tan falseada estaba por la exageracion la idea del honor en un pueblo que no conoce término medio.

Constituye el fondo de los dramas de Lope de Vega, verdaderos retratos del carácter espa-

ñol, la pasion de los celos, por efecto de la cual la menor afrenta de una amiga, de una esposa, de una hermana, recae en el amante, en el marido, en el hermano, que la lavan solo con sangre. Por lo demas, no se comprende que se avengan con tan general galantería citas nocturnas, damas enmascaradas, intrigas y astucias que de todo tienen menos de delicadas. Ni al pundonor cuestan nada los asesinatos y los fratricidios.

El honor, que en los dramas españoles desempeña el mismo papel que la fatalidad en los griegos, es el eje sobre que gira *La discreta venganza* de Lope. La escena pasa en Portugal bajo el reinado de Alonso III (1248-79); y el protagonista es Don Juan de Meneses, favorito de dicho rey, y rodeado de mil asechanzas por cortesanos envidiosos. Al comenzar el espectáculo, se pasea con Tello, su escudero, aguardando á que salga de la iglesia Doña Ana, prima y amada suya. En esto llega, guiado del mismo deseo, su rival Don Nuño con Don Ramiro, su amigo. La dama, al salir de la iglesia, deja caer un guante, y ambos acuden á recogerlo, se traban de palabras, se amenazan, están á punto de desafiarse, cuando Doña Ana se decide á favor de Nuño contra el muy amado primo. Una vez separados, vuelve á justificarse con Meneses de haber mostrado preferencia hácia el otro por evitar un lance.

La segunda escena (pues en el teatro español la escena no se muda con la entrada ó la salida de un personaje, sino con el cambio de todos) representa el consejo de Estado del rey Don Alonso, coronado por una faccion que habia depuesto á Don Sancho, su hermano, príncipe negligente é inepto para el reino. Habíase casado con Don Alonso Matilde, heredera del condado de Boulogne, la cual contaba cincuenta años, mientras él era un joven; y como no habia tenido ni esperaba tener hijos, deseaba separarse de ella, que á la sazón residia en Francia. En el consejo, pues, se disputa sobre su razon de Estado, sobre el deseo de asegurar la sucesion á la corona, sobre los derechos de la condesa y el reconocimiento que le debia Don Alonso. Nuño y Ramiro inducen al rey á que pida al papa Clemente IV un divorcio; Meneses por el contrario, quiere que lleve á su lado á la que le habia servido cuando él estaba en desgracia. Alonso corta la disputa que se iba acalorando entre Nuño y Meneses; y quedándose á solas con este último, probado ya por él en tiempos calamitosos, le dice que estaba resuelto á divorciarse y unirse á Beatriz, hija de Alonso X de Castilla, que le traeria en dote el reino de los Algarbes. Al efecto, nombra embajador á Don Juan de Meneses, encargándole que parta aquella misma noche y con el mayor secreto.

Don Juan le confiesa el dolor que siente al separarse de su prima Doña Ana, precisamente cuando le puede ser quitada por un rival, y Alonso le ofrece vigilarla. Sin embargo, Don



LOPE DE VEGA

Garnier frères Éditeurs

Imp. Sirey, rue de la Harpe, 2, Paris.